

Allende y 1936, la lección de dos alzamientos

Alderdi, 286. zk., 1973-08/09.

La trágica suerte del régimen constitucional de Chile no puede menos que evocar en nosotros la sublevación franquista contra el régimen republicano en 1936.

Como en los antecedentes del golpe militar chileno, también aparecen en este cuadro de la guerra civil los trazos rojos y las dificultades económicas y los brotes de violencia propios de las grandes crisis institucionales; los vascos padecemos estas consecuencias inevitables, y denunciarnos en su tiempo las violencias, de la misma manera en que lo ha hecho ahora gran parte de los demócratas chilenos, tanto los situados dentro del gobierno (donde siempre hay los radicales de izquierda que convienen a los radicales de derecha para su justificación) como los que se oponían al Presidente Allende.

Pero los remedios no se encuentran en la violencia radical para cortar el hilo institucional y los cauces democráticos establecidos, que son todo lo precarios e imperfectos que se quiera, pero que en sí mismos son perfectibles en la medida misma en que reciben el apoyo y el compromiso solidario de los sectores mejor situados para fortalecerlos; aún más si éstos están en la oposición. Esto que dijimos en 1936 los "rojo-separatistas" y los "comunistas" que éramos los vascos demócratas entonces, lo repiten ahora los responsables de la Iglesia española que está liquidando la Cruzada. La misma voz responsable de su Santidad Pablo VI, en la ocasión de enjuiciar este golpe militar de Chile que comentamos, ha dicho que no hay problema, por grave que sea, que no pueda tener solución pacífica.

Esta solución de conflictos sin violencia exige, claro es, cierta fe en los principios, y más tolerancia, más colaboración y más paciencia que el remedio radical, el hachazo que es siempre un golpe militar.

No hace falta ser cristiano para comprenderlo.

Ahora en Chile, como en la España de 1936, no ha habido, sin embargo, ni la colaboración, ni la tolerancia exigible a los más calificados y por esto más obligados a asumir esta responsabilidad; al contrario, los sectores conservadores socio-económica y culturalmente mejor situados han interpuesto entre las complejas situaciones de hecho y ellos mismos sus rígidos intereses personales o de grupo privilegiado, hasta que ha culminado en éste algo más que tácito apoyo al brazo armado que se ha alzado para defenderlos.

Pero esta solución de fuerza que en sociología, en política y en moral resulta reprobable como procedimiento, resulta que también es ineficaz. Tenemos como prueba las diversas experiencias americanas, y en cuanto al régimen español, siguen vivos, y más enconados y radicalizados que antes, todos los problemas sociales y políticos de hace treinta y siete años. La solución democrática tiene, con el beneficio de la justificación moral, el inconveniente de exigir un camino más largo y también más

difícil; pero resulta al mismo tiempo que es el más eficaz, porque la violencia que resulta victoriosa, siempre termina por institucionalizarse, y se manifiesta incapaz de superar el espíritu de guerra que ha alimentado para justificar todas las arbitrariedades.

Ya sabemos que esta alternativa democrática no es nada fácil.

No lo fue en el caso español, y no lo ha sido para los demócratas chilenos ahora. Pero proceder según las normas del derecho, actuar con espíritu de solidaridad con aquellos que están trabajando para superar las dificultades de una crisis económica, socio-política e institucional, es pedagogía, es receta política y está en el camino de la civilidad del hombre que quiere mantener abiertos los cauces democráticos para solucionar civil y civilizadamente sus problemas políticos.